

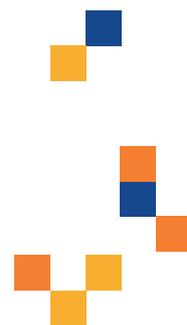
Premio OEI

sobre Derechos Humanos

Cuento Digital Itaú

Compilación de cuentos ganadores
2019 - 2023

OEI



EDICIÓN

Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI)

Premio OEI sobre Derechos Humanos - Cuento Digital

COORDINACIÓN GENERAL ■ Andrea Talamoni

DISEÑO ■ Lorena Leonhardt ■ Mónica Weiss

COORDINACIÓN EDITORIAL ■ Mónica Weiss



Premio OEI sobre DDHH

El Programa Iberoamericano de Derechos Humanos, Democracia e Igualdad es un nuevo eje misional de la OEI, transversal al mandato en Educación, Ciencia y Cultura, que nace con la firme voluntad de contribuir al fortalecimiento de los sistemas democráticos iberoamericanos y de consolidar sociedades más igualitarias, justas y cohesionadas, con una ciudadanía activa, democrática, multicultural y responsable ante las demandas de derechos y la corresponsabilidad que exigen las nuevas democracias. Solo en sociedades democráticas, igualitarias y cohesionadas pueden los ciudadanos desarrollarse en plenitud, con el disfrute total de sus derechos civiles, políticos, sociales, económicos y culturales.

En el marco de este Programa y del Cuento Digital Itaú, categoría Sub-20, la OEI entrega el Premio sobre Derechos Humanos con el objeto de reconocer a los jóvenes por su abordaje de la temática a través de sus cuentos. Son historias que buscan construir sociedades más pacíficas, respetuosas y garantes de los derechos, demostrando que son ciudadanos comprometidos con sus contextos locales y regionales.

OEI Argentina <https://oei.int/oficinas/argentina>

Iberlectura <https://oei.int/oficinas/argentina/iberlectura>



Premio OEI

sobre Derechos Humanos

Cuento Digital Itaú

Compilación de cuentos ganadores
2019 - 2023

OEI



2019

pág. 04

Brenda Armentano

Migas de pan

2020

pág. 10

Giovanna Helena Valenzuela Goiri

Retazo de una vida

2021

pág. 14

Belén Benítez

El día en que el cóndor volvió a surcar los cielos

pág. 22

Ana Lucía Alesso

¿Amor es amor? ¿ser quien de verdad somos está mal?

2022

pág. 24

Sofía Ailen Sartori

Cuando crezca

2023

pág. 30

Camila Iara Salcedo - Gerardo Diaz Mereles

Karol Ereú Oquero - Sofía Miserantino

Gabriel Paredes - Federico Vega - Alexis Weiman

Mi nombre es

Premio OEI
Derechos Humanos



2019

Brenda Armentano
Migas de pan

Un día como cualquier otro, me dispongo a emprender mi viaje, mi odisea, se podría decir. Creo que es cuestión de acostumbrarse, ya que después de catorce años viviendo en la villa, uno lo toma de manera cotidiana.

Mi padre sale bien temprano a cartonear, yo lo veo partir por esa puerta, siempre con una sutil sonrisa de preocupación. A veces no sé si es de preocupación o de qué, tal vez tiene miedo de no encontrar suficiente cartón, ¿será por eso que constantemente llega a horarios diferentes? Quién sabe lo que pasa por su cabeza, quizá no está pensando en nada y solo sonrío o acaso como sabe que esa es la vida que me espera no quiere que la vea tan mal desde mi edad. Al poco rato de su salida, me preparo para ir al colegio, o eso es lo que mi familia cree día a día, porque la verdad es que no voy mucho que digamos, me aburro en el colegio, lo veo muy poco útil, no me ayuda en nada aprender fracciones, eso no me da de comer. Hoy he decidido ir a Puerto Madero. Me gusta recorrer esos lugares donde todo se ve muy lujoso, por más que me miren raro, como si fuera un extraterrestre o les esté por dar una enfermedad peligrosa. No sé, siempre me esquivan con desprecio, pero yo no les presto atención, ya me acostumbré, si total, yo no les debo nada a esas personas y probablemente no me las vuelva a cruzar en mi vida que me miren como quieran, lo que me importa es cómo me veo yo. Pasé por un colegio que no conocía, tampoco retuve el nombre si total no voy a ir. La cuota debe estar carísima, va, eso puedo decir de solo ver a los pibes cómo van vestidos y las cosas que tienen: ropa planchada, celulares enormes y relojes táctiles. En ese momento

escucho la charla de unos chicos, quienes discutían el uno con el otro que no le iban a comprar una “exs boxes” o algo así era, porque ya tenía la “play 4”.

Me sorprendió la furia del chico, creo que fue igual a la mía cuando fui al comedor de la villa la semana pasada y justo se terminó la comida cuando llegué yo. Me acuerdo perfecto la secuencia. Eran las ocho de la noche más o menos, llegué muy temprano, pero ya no había mas comida. Yo vi cómo salía humo de ese plato de guiso, ese último que se lo llevó la señora que estaba adelante mío, me hacía ruido la panza y agua la boca. Era mi turno pensaba, pero la comida se evaporó cuando el joven que trabaja ahí me dice, “disculpa jovencito, no hay más, vuelve mañana”. Lo único que creció en ese momento fue el dolor que tenía en mi estómago, no podía más, recuerdo con exactitud lo que comí esa noche aunque es un recuerdo que quisiera borrar.

Ya había paseado bastante la verdad, era hora de ir a trabajar. Caminé hacia el subte para pedir unas monedas a los pasajeros y conseguir algo para comer. Así cuando venga mi viejo, todo preocupado, diciendo que no tiene nada para darme, con lágrimas en los ojos, yo le pueda decir “tranqui pa, ya comí en el colegio”. Lamentablemente esa pena no se va, pero supongo que así no se siente tan mal, como dije antes, quién sabe lo que le pasa por la cabeza. La verdad es que no tengo ningún talento para mostrar en el subte, tampoco les puedo vender algo, solo unas estampitas de la virgen para darles a los viajeros que me las dio Rosita, mi vecina, es como la madre que nunca tuve. No sé qué pasó con ella, papá no me

quiere hablar de mi mamá, se esfuerza mucho en intentar llenar mi estómago, pero no en contestar mis dudas. Supongo que está bien, no le puedo pedir más.

Estaba repartiendo las estampitas cuando me puse a pensar cuanto saldrían uno de esos celulares gigantes o la ropa que tenían todos en el subte, no sé por qué hacía eso, quizá porque recibí muchas monedas de cincuenta centavos. La misma con la que antes, por lo que decía mi viejo, te comprabas de todo, ahora a la gente le pesa, le incomoda tenerla en el bolsillo, por eso me las dan. Es como si me dieran las migas de pan, esas que molestan cuando te quedan arriba de la ropa, que te las sacás con desprecio, con esa misma humillación con la que me miran por mis harapos sucios y desgastados, ni hablar si te acercás un poco de más. Recuerdo que antes en lugar de darles una estampita les daba la mano, queriendo saludar a la gente, pero todos me decían “no, gracias”, como si les estuviera vendiendo algo, pero era solo un saludo. No entendía qué les pasaba, por qué no me saludaban, hasta que tuve una clase de limpieza en el colegio y hablaron sobre el traspaso de enfermedades a través de las manos o algo así. Fue ahí cuando entendí el miedo que me tenían cada vez que me acercaba. Me preparo para volver a mi casa, con muchas monedas en mis bolsillos, la verdad de a poco se suman. Me ayudó mucho el billete de veinte que me dio un señor.

Me salvó porque con eso voy a poder comprar dos pebetes, uno para mi viejo que viene cansado de trabajar y otro para mí. Ya estaba pensando en qué decirle, en

cómo justificar esa comida “mira pa, me dieron dos de más en el colegio. Hoy comemos”. Cuando estaba llegando a mi casa, ya con la comida en la mano, presiento como si algo estuviera fuera de lugar, el ambiente no era el mismo que cuando me fui, pero no le di mayor importancia. Entonces entré a mi casa y veo a mi padre con lágrimas en los ojos, diciéndome que ya sabía todo, que no estaba yendo a la escuela. En ese momento mi garganta se cerró. No pensé que lo supiera, no sabía qué decir, lo único que pude acotar fue que esas fracciones que aprendía no me servían para nada, no me daban de comer. Debido a eso me respondió “quiero que estudies para que dejes de recibir migas y puedas en tu futuro comer tu propio pan”. Me quedé duro, como si me hubiese leído la mente, no lo podía creer. Charlamos mucho, de todo en general. Me enteré de muchas de las cosas que le pasaban por la cabeza. Allí mismo le prometí que retomaría las clases si me contaba más sobre mi madre. Por lo menos si iba a estar con el estómago vacío no quería que mi cuerpo estuviera del mismo modo. A veces me hacía más ruido que mi panza.

Accedió a contarme de a poco, como en cuotas, cuando el viniera del trabajo todos los días. Hoy empezó. Cuando me contó de su profesión, me quedé todavía más sorprendido. Era panadera, una de las mejores del barrio según mi papá. Me relató que siempre comía pan cuando estaba embarazada de mí, y allí venía él a acariciarle la panza, toda llena de migas, pero con un amor y una ternura indescriptible. En esos instantes, él sentía que me daba de comer esas migas a medida que frotaba su mano contra su vientre. Desde que me narra esos pequeños relatos, cada vez

que recibo una moneda de la gente, una miga por así decirlo, pienso en ella. Imagino ese mimo que le hacía mi padre, que ahora además de llenar mi cabeza y mi estómago, llena mi corazón de alegría.

Premio OEI
Derechos Humanos



2020

Giovanna Helena Valenzuela Goiri
Retazo de una vida

“Allá en el Chaco es difícil che memby”, había dicho Ña Cresencia, rodeada de sus gatitos tricolor que maullaban por la carne dispuesta a ser cortada. “Tu tío ese demasiado se apegó por ellos y te quiere mandar ahora guá u para que te formes”. El cuchillo cortó un tajo limpiamente mientras los felinos ronroneaban a sus pies con adulación. Luis hizo caso omiso, como tantas veces, a las palabras de la piadosa esposa de don Tani. El Chaco... no, el Alto Chaco, allá donde abundaban las alimañas, las penurias, la cruda realidad de lo difícil que nos lo puso la naturaleza. Él pensaba que aquello era un hermoso paraje, discreto, que se agitaba con fiereza para conseguir defenderse de caer ante la corrupción del mundo de las charlas triviales, los rostros falsos y las sombras del rencor, que tejían con sus pútridas manos la desgracia de cualquiera. Esto creía que era el Chaco, un lugar puro para reposar el alma. Eso había imaginado. Ahora no estaba muy seguro.

La oscuridad se cernía sobre la tierra y lo cubría todo, a él también; pero solo por ahora, se decía, porque pronto ellos iban a volver. Esto no iba a tener desenlace, iba a constar solo de un nudo amargo que luego de prenderse fieramente como la leña se esfumaría al igual que cualquier humo. ¿Qué pasa cuando de repente una ilusión se resquebraja? ¿Quedan acaso sus rastros pendientes de la carne (la carne del alma) que está a punto de pudrirse? Dejemos que la Entidad Superior que preside esta y todas las historias nos lo explique. En la Época de Opresión todo había sido muy difícil y el mundo parecía colgar de un hilo a punto de ser cortado por dos fuerzas cuya energía era la misma. Luis siempre había sido amigo del Partido. De pequeño, cuando debía recibir la medalla que le daría una razón por la que

sentirse orgulloso consigo mismo, con la abuela tuvieron que viajar acurrucados en abrigos hasta la gran capital para presentar la filiación al Partido; si no lo hacían, adiós medallita y adiós honor... Adiós a poder ser alguien cuyo nombre sí estaría escrito, y el cual él sabía que no se borraría porque los burócratas lo anotaban con esa tinta tan linda de imprenta. Ah... Aún recordaba la tierna satisfacción de su madre que contrastaba con la severa cara de reservación de soldado de papá; la abuela se veía pequeña en una esquina y él se alzaba entre todos, muy encima, muy importante. Todo este espectáculo para tratar de ocultar el temblor que se aferró a sus manos justo en el momento en que el hombre Supremo había dado las palabras para la conmemoración. Luego la vida continuó, los meses y años, y él creció. Llegó a un puesto interesante en el Partido... Mientras la conciencia de que sabía lo que hacía se le fue apagando paulatinamente. Aún lo recordaba todo perfectamente. Las sonrisas falsas, los pasos mecánicos, su pensamiento reducido a solo obedecer órdenes, igual que un autómata, vivía de la simple acción y reacción, estímulo y respuesta. Quizá en los puntos recónditos de su ser aún se resistía, quizá aún estaba vivo el niño que se negaba a lustrar los zapatos del abuelo. Sí, ahora que lo repasaba en su mente, casi como un hechizo a sí mismo, él siempre había sido un rebelde. Un civil. Un curioso. Un enemigo. Un terrible ingenuo. Eso explicaba la forma en la que todo había terminado... Se repetía esto como la tabla de multiplicar en la escuela, como un juramento de amor efímero. Las frases se le pegaban bajo la lengua y le hacían malos conjuros: "Vos no sabías que te iban a alcanzar, de verdad pensaste que podías escapar de lo que no te deja nunca". Quiso

llorar, pero aquí donde estaba supo que era un desperdicio. No se podrían ver las lágrimas. Estaba ya abandonado en la certeza pesada de la perdición. Y mientras los uniformados le acusaban con linternas despiadadas, Luis pasaba uno por uno viendo rostros con la misma condena que él, la condena de una prisión que ellos mismos se inventaron, para creer que vivían por algo, y sintió que en verdad había errado al creer que el Chaco se salvaba de esto. El Chaco no escapaba ni de los corruptos, ni de la vigilancia, ni de los pasos mecánicos. Su último pensamiento antes de que fuera metido como bolsa de arroz en el maletero de la camioneta con los uniformados, fue que nunca pudo decirle a la esposa de don Tani que la decisión de viajar no había sido de su tío, sino de él, y que así se había cavado la propia tumba. Perdón, había murmurado, pero nunca nadie supo si lo dijo para su familia, o para él mismo.

Premio OEI
Derechos Humanos



2021

Belén Benítez

El día en que el cóndor volvió a surcar los cielos

María estaba cansada.

Cansada del silencio.

Del miedo.

De la muerte.

Desde niña había ayudado en la iglesia a los más desfavorecidos, notando con el paso del tiempo las injusticias que rodeaban la sociedad.

Odió cuando su madre le sacó aquel cuadro tan hermoso que tenía de Evita. Ese que en una mitad se la veía hablándole con cariño a sus queridos descamisados; mientras que en la otra parte, se dirigía con furia a las personas que la juzgaban e intentaban impedir que los derechos de todos los ciudadanos fueran respetados.

La estampilla que guardada en su mesita de luz de Perón, también fue ocultada.

Aun así, jamás lloró.

Tampoco estaba de acuerdo con lo que le enseñaban en su colegio. Siempre decían que había que acatar las normas. Y solo había una forma de pensar, no podías tener otra.

Aquello la enfurecía.

La palabra libertad, parecía haber sido olvidada. Y el himno solo era un recuerdo de lo que antes habían sido: libres.

A los quince años empezó a notar que no era la única en contra de aquel sistema.

Que había muchas más personas que querían poder sentir aquello denominado libertad. Que no lo creían un simple sueño o una utopía. Y, que al igual que ella, estaban dispuestos a pelear por lo que deseaban.

Comenzó a hablar en diferentes lugares, reclamando que sus voces fueran escuchadas. Estudiantes de secundaria, jóvenes y adultos. Todos la escuchaban. Todos la seguían. Pero alzar la voz tenía sus consecuencias. Desde un inicio lo supo. Aun así, no pudo evitar temblar levemente al enterarse de que la triple A la estaba buscando. Se vio obligada a dejar de visitar su casa. A usar maquillaje y peluca. Pero su nombre, María Clara Ciocchini, solo siguió creciendo. Al igual que su deseo de lucha.

Allanaron el estudio de su padre. Estaban desesperados por encontrar algo, cualquier cosa. Un dato, una dirección o una foto. Estaban decididos a silenciarla, pero no lo permitiría.

Su madre le rogó para que se cambiara de ciudad, que abandonara esa lucha. Pero no podía. No cuando la situación se complicaba más cada día.

No iba a abandonar a su gente. Dejar que tomaran su libertad, le daba más terror que la misma muerte.

Al final, terminó mudándose con su madre y dos de sus hermanas a La Plata. Para ese momento, era un icono entre los estudiantes. Al llegar a la ciudad, todo era un caos. La Concentración Nacional Universitaria se había llevado hacía poco la vida de Ricardo Rave, un conocido militante de montoneros.

Un tiempo antes, después de muchos meses de reclamo, habían obtenido el derecho por el boleto estudiantil. Estaban un paso más cerca.

Ni bien llegó a la ciudad, siguió con su activismo. Haría que su voz fuese escuchada por todos.

Les demostraría a los militares que no podrían callar a un pueblo que se encontraba vivo y despierto.

Se convirtió en oficial de montoneros.

Conoció a Claudia Falcone, dos años menor que ella.

Se hicieron amigas al instante.

Se enamoró de un chico llamado Horacio Húngaro, comenzaron a salir al poco tiempo de conocerse. Era muy amable y tenía un gran sentido de la justicia.

A todos los unía el ferviente deseo de la libertad.

Cada vez conocía a más gente con sus mismos ideales. A personas que decidían no callarse ante lo que estaba pasando.

Y aquello solo sirvió como combustible para alimentar su esperanza.

Secuestraron a sus padres, preguntaron por la militancia de sus hijas. De las cuatro que tenían, solo una no estaba interesada en la política.

Aun así, no paró.

Dejó de dormir nuevamente en su casa. La lista de lugares seguros se fue acortando. Como Claudia tenía una tía abuela enferma a la que pocos conocían, decidieron irse vivir a su casa.

Pero aun así no fue suficiente. No importó cuánto se escondiesen y las pelucas que vistieran. Las encontraron.

En un momento de desesperación, intentaron huir por la ventana. Tiraron muebles y adornos en el camino; pero cuando llegaron hasta su única escapatoria, recordaron que era un sexto piso. Por un momento, María pensó en terminar con todo allí.

Tal vez al fin podría descansar en los brazos de Dios. Pero miró a Claudia, que se encontraba aterrada con las lágrimas empapando sus mejillas y la idea de saltar hacia la oscuridad quedó olvidada.

Las atraparon, las subieron a los empujones a un falcón verde y les cubrieron los ojos. Patearon, gritaron y golpearon pero de nada sirvió. Se callaron al sentir el cañón de un arma contra su cabeza. El viaje fue largo, el miedo le carcomía las entrañas, sentía que iba a vomitar.

Al llegar las separaron. Supo por el ruido de las pisadas que enviaban a cada una en lados opuestos.

Luego de eso, la oscuridad la invadió.

Empezaron con latigazos. Le preguntaban direcciones, nombres y planes.

Luego del golpe número quince, sintió como la piel de su espalda se abría.

Se mordió la lengua hasta hacerla sangrar. Prefería el dolor a delatar a sus compañeros.

Después del número treinta la llevaron a la enfermería. Al parecer, la necesitaban lo suficientemente cuerda para que se mantuviera despierta en la siguiente sesión.

Luego siguió el hierro hirviendo. La amordazaron para que no gritara. Las lágrimas caían sin control, sus ojos se hincharon, las palmas de sus manos sangraban ante la presión de sus uñas clavándose.

Quería volver a casa, al momento en el que aun podía tener el cuadro de Evita en su cuarto. Todavía recordaba la amabilidad que mostraba en el lado izquierdo, acostándose en la noche bajo aquella mirada amorosa.

Cariño.

Amor.

Valentía.

Protección.

Tales sentimientos ahora eran solo un recuerdo lejano.

Tiempo después la trasladaron a otro lado, allí se cruzó a Pablo Díaz, otro de los amigos que había hecho en la Plata. Sintió una pizca de felicidad al poder estar junto a un conocido.

Pero el mundo era cruel y sanguinario, sin dejarle siquiera un momento de tranquilidad.

Su cuerpo ya no era suyo, manos desconocidas y asquerosas lo recorrieron, turnándose como si fuera un premio al cual compartir. Lloró, porque aquel sueño de libertad había terminado siendo solo eso, un sueño. Lloró porque Horacio ya no querría a una chica sucia como ella.

Lloró porque ya ni siquiera podría cruzar las puertas de Dios. Lloró y lloró, pero aun así jamás habló.

Después de meses de oscuridad, la última vez que logró ver el sol, fue arrodillada en un descampado. Escuchó como ordenaron que preparasen sus armas. Alzó una mano en dirección a aquella estrella enorme y cálida, que no hacía distinción hacia a quiénes tocaban sus rayos.

Y, aunque ya no se sintiera digna de hacerlo, rezó un último padre nuestro. Pero su deseo no fue para ella misma. Pidió para las siguientes generaciones, para que la

libertad no fuera solo un dulce e inalcanzable sueño, sino la forma en la que vivirían: siendo libres.

Ante el sonido de las armas cargadas, levantó su mirada hacia el cielo y notó que en él, con sus alas extendidas, un cóndor estaba volando.

No entendió muy bien por qué, pero en ese instante, supo que se cumpliría su deseo.

Que la liberación del pueblo argentino no terminaría solo en un simple sueño, sino que se convertiría en realidad.

Como aquella ave que surcaba libremente el cielo.

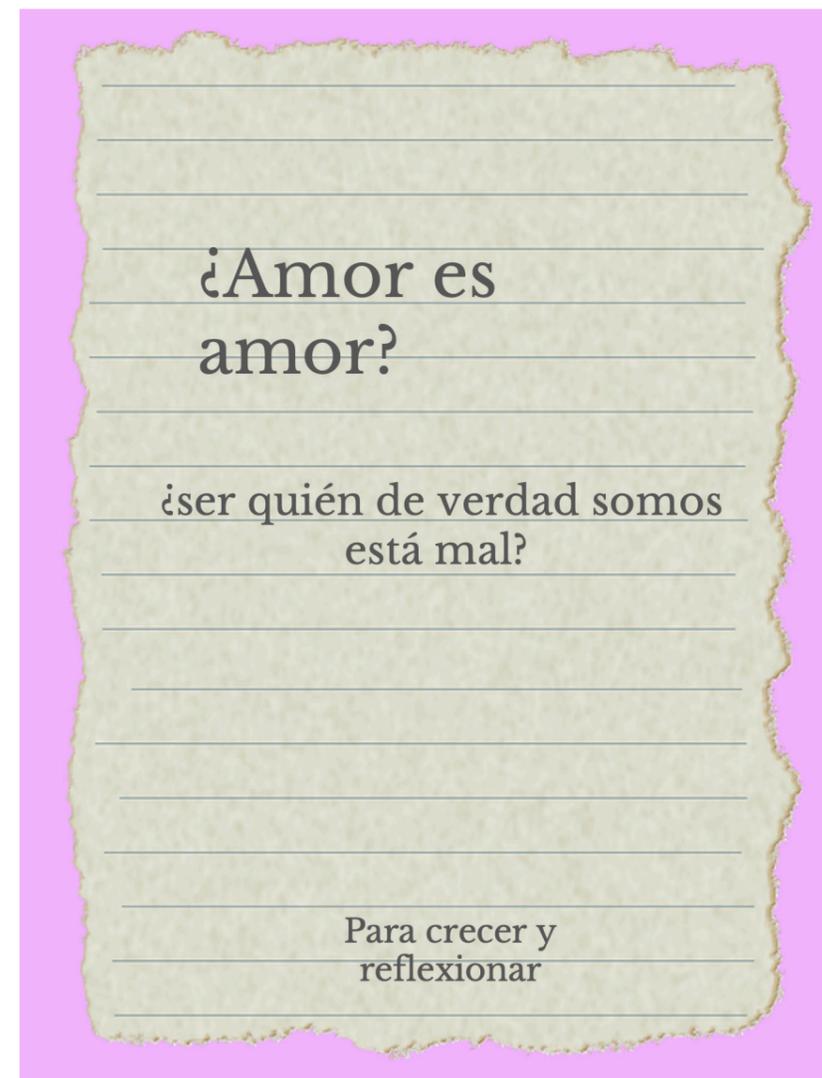
Con lágrimas en sus mejillas y ante el sonido del disparo. Sonrió.

Premio OEI
Derechos Humanos



2021

Ana Lucía Alesso
¿Amor es amor? ¿ser quien de verdad somos está mal?



Premio OEI
Derechos Humanos



2022

Sofía Ailen Sartori
Cuando crezca

Siento olor a tierra mojada. Amo ese olor, me recuerda al otoño. Es mi estación del año favorita. Caen las hojas secas de los árboles y llueve bastante. Es hermoso, aunque no pude disfrutarlo mucho porque en este otoño venían muchas personas extrañas a analizarnos o se llevaban gente, a mi tío por ejemplo. Se fue por trabajo y todavía no volvió. Le está yendo bien. Por eso tarda en volver, está recaudando mucho dinero, al menos eso me dice mi tía. No entiendo mucho sobre la plata pero se ve que es algo importante. Cuando crezca lo voy a saber.

Mi mamá dice que es importante tener fé a El Abuelo. Dice que en el futuro nos van a aceptar y vamos a vivir todos juntos con “los blancos”, así los llamamos a los extraños. Yo sólo conocí a un “blanco” que me dijo su apellido, era Lynch. Mi papá estaba de acuerdo con él porque decía que nos iban a educar y contratar. Así íbamos a lograr unirnos con “los blancos”. Lograr que nos aceptaran era nuestro objetivo. No entendí qué había pasado con ese señor, pero una vez uno de los hombres que se habían llevado a trabajar volvió manchado de pintura roja, agitado y gritando. —No nos quieren incluir, ¡es mentira! Nos hacen trabajar día y noche sin dormir para satisfacerlos. Los blancos nos mintieron y nos explotan por ser Mocovíes.— dijo con enojo.

Me sentí mal cuando escuché eso, el señor Lynch parecía bueno pero no importaba. ¡Yo soy un Mocoví orgulloso y no voy a dejar que nos maltraten! Mañana es mi cumpleaños, esperé mucho para que llegue el 20 de julio ya que cumpla nueve años. Mi mamá me va a hacer un asado de pecaríes, por ser un hombrecito. Al tener nueve voy a poder entender más todo. Según mi familia los años te dan sabidu-

ría y madurez. Eso me parece bien porque me gustaría aprender a leer y escribir?

No, no era así... ¡leer y escribir! como había dicho el señor Lynch que íbamos a...

¡PUM! A lo lejos se escucha un disparo.

¿Qué es eso?! Entonces se oye el galopar de varios caballos a lo lejos. Pero, ¿por qué mi primo estaba corriendo? No logro comprenderlo. Hay mucho ruido. Muchos gritos. En medio del disturbio escucho mi nombre, ¡no puedo reconocer quién me llama! Pero, voy a empezar a correr. Necesito ver a mi mamá y no voy a parar de correr.

Se siguen escuchando esas explosiones. ¡No puede ser! Esa es la doña Marta ¿por qué está en el piso? Pero, ahora no puedo pensar en esto, tengo que llegar.

Un caballo con un blanco acaba de tirar a dos señores en frente mío, tengo miedo, no sé qué hacer. Mucha gente se está cayendo cerca de mí pero, no voy a parar de correr.

—¡Mamá! - grito mientras trato de no tropezarme con la gente dormida en el piso.

Don Carlos, Mercedes y María están en el piso, no veo que reaccionen. No puedo dejar de llorar, ni de correr, no voy a parar de correr nunca hasta llegar con mi mamá.

¿Por qué los blancos nos hacen esto? Nosotros no les hicimos nada, no entiendo.

Sólo necesito llegar con mi mamá. Mañana, seguro, lo voy a entender.

Se escucha una explosión muy cerca mío y ahora no logro oír nada más que un sonido desconocido que también vibra dentro de mi oreja. Trato de correr pero me caigo, esos caballos me empiezan a dar miedo. También esos palos largos que explotan, esos que tienen los blancos en las manos.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Ma...!

De la nada me toman de la cintura y dejo de sentir los pies en la tierra. Tenía tanto miedo que ni siquiera abrí los ojos en ningún momento, hasta me los tapé con mis manos. ¡Mañana soy grande, mañana voy a entender todo!

Hay mucho ruido. Las explosiones, los gritos, el galopar de los caballos y la gente cayéndose no me dejan en paz. Sólo quiero encontrar a mi mamá y que, lo que había dicho el blanco Lynch, se cumpla.

Después de un rato decidí abrir uno de mis ojos y me di cuenta que el señor que me estaba llevando era mi primo Enzo. Me hizo sentir más calmado. Le pregunté dónde estaba mamá. Pero no me escuchaba a causa de todo el ruido, incluyendo su llanto. Él seguía corriendo. En un momento, cuando llegamos al monte, me dejó en un agujero donde habíamos dejado algunas hierbas. Este agujero estaba rodeado de arbustos y hongos.

—Contá las hierbas, no dejes de contar hasta que termines. Pase lo que pase no dejes de contar y no mires a otro lado— me dijo Enzo.

Asentí con la cabeza y empecé. Uno, dos, tres... no dejaba de escuchar los gritos... diez, once, doce..... quiero ver a mi mamá... veinticinco, veintiséis..... mañana voy a entender todo... sesenta y ocho, sesenta y nueve. Ya no se escuchan más explosiones...

setenta y siete.... se escuchan gritos de *blancos* cerca, tengo mucho miedo.... cien, ciento uno... ya es de noche... falta poco.... a la mañana voy a entender todo... ciento ochenta y seis.....

—¡Terminé!— grité en un salto. Ya no había nadie, solo silencio y... y... ¿Esa es?...

¡Mamá!

Bajo corriendo del monte. ¡La encontré! Había estado dormida todo este tiempo— dije buscando su complicidad— Mamá... ya se fueron los *blancos*... ¿Mamá?...

Entonces comencé a sacudirla más fuerte pero, no respondió.

—¡Enzo!... ¡Papá!... ¡Tía!... no puede ser... — no responde ninguno. ¡¿Por qué tengo las manos rojas?!— comencé a gritar.

Pero, nadie respondía. ¡¿Por qué tengo las manos rojas?! Mañana voy a entender ¡mañana voy a entender!

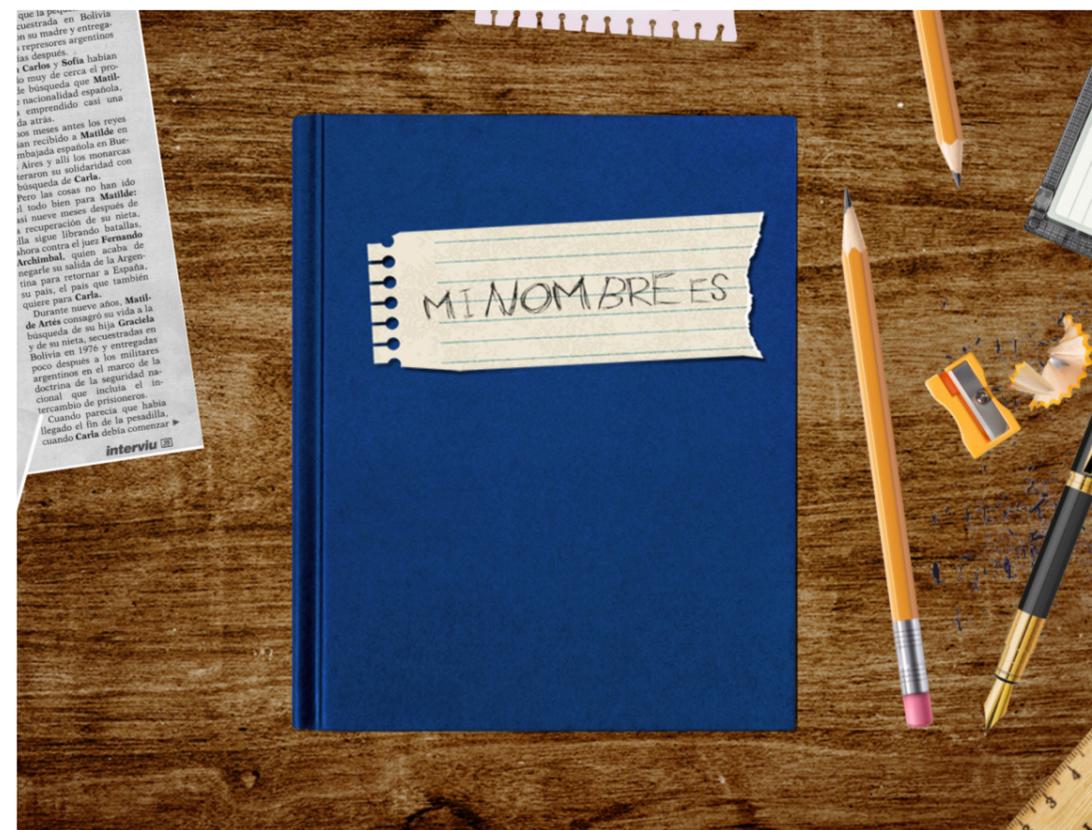
Mamá... —digo en sollozos— ya tengo nueve... sigo sin entender y sólo sé que nunca voy a olvidar este cumpleaños, este 19 de julio de 1924.

Premio OEI
Derechos Humanos



2023

Camila Iara Salcedo - Gerardo Diaz Mereles
Karol Ereú Oquero - Sofía Miserantino
Gabriel Paredes - Federico Vega - Alexis Weiman
Mi nombre es



OEI

Organización de Estados
Iberoamericanos

Organização de Estados
Ibero-americanos

Premio OEI sobre DDHH

Premio Itaú de
cuentodigital

OEI

Itaú Fundación